

PERSONAS DEL ACTO TERCERO.

TOUSSAINT-LOUVERTURE.	FERRAND.
SALVADOR.	BOUDET.
ALBERTO.	SEÑORA DE LECLERC.
ISAAC.	ADRIANA.
LECLERC.	Generales, oficiales, ayu-
MOISES.	dantes de campo, ingenie-
ROCHAMBEAU.	ros, gastadores, soldados
FRESSINET.	del ejército frances.

ACTO TERCERO.

Un cerro que domina Puerto Príncipe y el mar comprendido en el recinto de las fortificaciones. Se trabaja en levantar un fuerte. A la izquierda, algunos soldados construyen una tienda para el cuartel general. A la derecha, una miserable choza de tablas y esteras viejas, apoyada en un paño de muralla arruinada; cuelgan de la cabaña algunas calabazas. En el fondo, á la izquierda, un promontorio sobre el mar dominando un vasto horizonte.

ESCENA PRIMERA.

BOUDET, OFICIALES, INGENIEROS, ARTILLEROS, GASTADORES, SOLDADOS.

BOUDET.

Que el cabo de gastadores no se mueva de su puesto.
¡Corriente! Trazad aquí la línea de los cimientos.
¡Artilleros! colocad un cañon en aquel cerro, que la poblacion y el campo pueda dominar á un tiempo.

(A un oficial.)

Desmochad aquella cresta del monte.

(A otro oficial.)

Sea mas recto el ángulo de la escarpa.

(A otro oficial.)

Que no se sulte un momento el azadon ¡vigilancia!

(A los soldados y á los gastadores, mostrándoles azadones y picos.)

¡Muchachos! eso va bueno.

La bayoneta dejad;

tomad otros instrumentos;

la pala, el legon, el pico

pide esta tierra de infierno.

El azadon ó el fusil,

¿qué mas dá? ¿no es todo hierro?

(Los soldados y gastadores contestan con una aclamacion y empiezan á trabajar con afan.)

ESCENA II.

Los mismos, ROCHAMBEAU.

ROCHAMBEAU.
BOUDET.

Y bien, ¿qué tal va?

Va todo

á medida del deseo.

Ya está trazado el recinto;

apoyado en esos cerros

el campo, fortificado

con fosos y parapetos,

desde esta noche un asilo

ofrecerá á nuestro ejército,

preferible á la ciudad,

donde se oculta en silencio

la sedicion. Por lo mismo

que no la veo la temo.

No han nacido los franceses

para guerras de este género,

en que en los ojos humildes

y en discursos halagüenos

han de temer que se esconda

algún designio perverso.

Su valor, siempre confiado,
desprecia todos los riesgos,
en tanto que verlos puede:
pues bien, de aquí podrá verlos.
Esta soberbia meseta,
do aun se encuentran los cimientos
de la ciudadela antigua,
ofrece un centro de hierro
á nuestras operaciones.
¿Lo veis? á los piés tenemos
la poblacion palpitante,
cuyo menor movimiento
las centinelas espian.
Fondeados en el puerto,
sesenta buques vigilan
todo el mar, y sin recelo
pueden dormir custodiados
por cañones y morteros.
Y allí, donde el rio pasa
la playa del mar lamiendo,
forma una pendiente suave
naturalmente el terreno,
como para convidar

al que quiera acometernos
á intentarlo por el punto
donde su estrago es mas cierto.

ROCHAMBEAU (examinando con la vista el sitio.)
En realidad este campo
absorbe el cuidado entero

del gobernador, que está
hoy impaciente en estremo.

BOUDET.
Ya su tienda está corriente;
en tanto que no podemos
darle un palacio de piedra,
le damos este de lienzo.

Aquí el cuartel general
quiere fijar hoy. Dispuesto
el local está ya casi
do quiere el primer consejo
celebrar. Fuerza seria
para llenar su deseo
detener del sol el curso.
Pero no perdamos tiempo;
venid y vereis los fosos,
reductos y parapetos.

(Se van.)

ESCENA III.

TOUSSAINT, ADRIANA.

TOUSSAINT (saliendo como á tientas de su choza, sostenido por
Adriana, da algunos pasos hácia la escena y dice á media voz:)

¿Qué están haciendo?

ADRIANA. Se van.

TOUSSAINT. ¿Hácia dónde?

ADRIANA. Por el lado

donde les visteis...

TOUSSAINT (sacudiendo su brazo bruscamente.)

Silencio!

soy ciego... ¿lo has olvidado?

ADRIANA (aparte.)

¡Oh! ¡perdonadme, Dios mío!

¡he tenido de mi labio

su vida pendiente!

TOUSSAINT. Piensa

que un solo gesto, un vocablo

pierde tu país.

ADRIANA. Y á vos!

TOUSSAINT. ¿Has conseguido oír algo?

ADRIANA. Que fijará en este fuerte

el caudillo de los blancos

hoy su cuartel general,

y que á falta de palacio

residirá en esa tienda.

TOUSSAINT. El lugar he adivinado.

La Providencia protege

por ahora mis conatos.

Yo desde aquí sus proyectos

sabré antes de ejecutarlos.

Cuando acorralarme piensan

yo les tengo acorralados.

El águila poco á poco

caer se deja en el lazo,

y el ciego lee en el fondo

del alma del que ve claro.

ADRIANA. ¿Pensáis que en estos lugares

respetarán los contrarios

la miserable cabaña

de un negro ciego y anciano?

Contrastando con su tienda

esa estera hecha pedazos,

dirán que afea el recinto,
y entónces...

TOUSSAINT. No, no hay cuidado;
son siempre muy compasivos
los corazones muy bravos.
De la obstinacion la fuerza
vas á ver dentro de un rato.
Como perro sin asilo,
que de gritos no hace caso,
defenderé mi bohío,
y me dejarán al cabo.
A mas de que por política
hoy les toca ser humanos;
una chispa inflamar puede
el odio reconcentrado.
Cuando yace un pueblo entero
bajo los piés de un tirano,
una sola voz le mueve,
si no está muy degradado.
Pero vámonos, que veo
venir un grupo. La mano
dame y condúceme y mide
tú por los míos tus pasos,
y procura que me vean
entrar. Tú quédate al lado,
junto á la puerta, y escucha.

ADRIANA. Vienen dos negros y un blanco.

(Toussaint se mete en la cabaña. Adriana se sienta junto á la puerta y enciende fuego sobre tres piedras para cocer batatas en un puchero de barro.)

ESCENA IV.

SALVADOR, ISAAC, ALBERTO, ADRIANA.

(Isaac es el primero que llega; gana corriendo el promontorio, y muestra con su ademán á su hermano las montañas lejanas.)

ISAAC. ¿No ves, Alberto, aquella azul montaña,
y el valle que parece que se aleja,
y el río que le mima y que le baña?
llega á mí su rumor como una queja.

ALBERTO *(con muestras de impaciencia.)*
Es el rumor del viento que remueve
ese acopio de lanzas y armaduras.

ISAAC. No, que este ruido delicado y leve
consigo trae emanaciones puras
El olor de los bosques con él sube
¿Tampoco ves aquel erguido monte,
y los pinos que, á modo de una nube,
parecen descender del horizonte?
¡Oh! ¿quién pudiera estar bajo su sombra,
y escuchar del arroyo los murmullos,
cuando lame al pasar la verde alfombra,
que parece gozarse en sus arrullos!
Pero nosotros somos colibríes
como los que cogias con mi hermana.
¿Te acuerdas de sus plumas de rubíes?
¿de su jaula colgada en la ventana?
De allí el bejuco por su mal veian,
de do pendió su cuna entre el ramaje,
y si á él acercarse pretendian,
destrozaba la jaula su plumaje.

ALBERTO *(con cólera.)*
¡Siempre alusiones, Isaac ingrato!
Al blanco, de los blancos mas temido,
ambos debemos cariñoso trato;
á su lado los dos hemos crecido.
Nos recibió en sus brazos generosos;
en sus mismos palacios nos dió estancia;
tuvimos los maestros mas famosos,
que son gloria y orgullo de la Francia,
y él, que desea hacer feliz al mundo,
donde no hay alma que á su voz no vibre,
el germen en nosotros ve fecundo
de una raza que empieza ya á ser libre.
Para sacar del tenebroso abismo
de la ignorancia á nuestra patria amada,
y de ella desterrar el fanatismo,
nos dió la educacion mas esmerada.
Entre nuestros hermanos de este modo
la luz propagaremos de la ciencia,
y así saldrán de su afrentoso lodo,
y en todo el mundo ejercerán influencia.
¿Y esto es poco, Isaac? ¿ser elegidos
por el gran genio, que do quier abraza
la causa de los pueblos oprimidos,
para sacar del cieno á nuestra raza?
¿De su hermana obtener la preferencia,
de su hermana, de un rostro tan perfeto,
que me consumiría su presencia.

al abrigo no estando del respeto?

¿Y á eso, hermano, servidumbre llamas?

¿es eso lo que miras con desprecio,

y atribuyes tal vez á inícuas tramas?

¿Eres un niño al fin! ¿eres un necio!

ISAAC. Siempre reconviéndome, ó hermano!

A pesar de ese tono tan severo,

del mismo padre no naciste en vano;

aunque hables como un blanco, yo te quiero.

ALBERTO. Yo te quiero tambien, te quiero mucho.

Mas ¿por qué la amistad me echas en cara

que la Francia... ¿Me escuchas?

ISAAC. Si, te escucho;

pero mi alma está allí... Mira, repara...

(Mostrándole el horizonte.)

ALBERTO. ¡Oh! siempre con los negros!

ISAAC. Siempre el techo

de tosco guano que nacer me viera

obtendrá mis recuerdos, á despecho

del que borrar de aquí su imagen quiera.

Padre! madre! Adriana! oh dulce hermana!

(Adriana, al oír su nombre, deja caer la cesta y las batatas; se levanta sobresaltada, y se acerca y escucha de mas cerca con todas las señales del mas vivo interés, medio escondida por el lienzo de la tienda.)

no os borrarán de la memoria mia

los palacios del blanco... nunca!

(Se va saltando.)

ADRIANA (en voz baja y convulsivamente. Corre hacia la choza.)

Adriana!

¿mi nombre?... ¿son dos negros!... ¿qué alegría!...

¡Mirad!... ¡tío!... ¡mirad!

TOUSSAINT. ¿Que está pasando?...

ADRIANA. ¿Son dos negros!... ¿acaso vuestros hijos!

(Toussaint levanta con una mano el pedazo de estera de la cabaña; tiende maquinalmente sus brazos hacia sus hijos, y escucha en la actitud de un espía.)

ALBERTO. Isaac, vuelve en tí. Pareces loco.

ISAAC (corriendo hacia el otro lado de la escena y mirando otro punto de la campiña.)

El corazon me salta, hermano mio!

¡Nuestra casa! ¿la ves?... ¡mirala, hermano!

¿dirás tambien ahora que deliro?

(Indicándole con el dedo un punto distante.)

Allá... léjos... muy léjos, do se eleva

la niebla... ¿no la ves? ¿no ves el brillo

y el reflejo del sol en las paredes?

¿ves el techo de guano ennegrecido?

ALBERTO (conmovido y mirando tambien.)

¡Cuán penetrantes, cielos, son los ojos

de la memoria!... ¡Reconozco el rio!

¡reconozco el Limbé!

ISAAC (con transporte.)

¡Y el verde prado

de los Limones con el seto vivo,

que le ciñe cual faja de esmeraldas!...

¡y el amarillo y tosco cobertizo!...

¡y la iglesia pardusca con su torre!

(Bate las manos.)

¡Alegrémonos!... ¡oh!... ¡todo lo mismo!

(Los dos hermanos se abrazan llorando.)

ALBERTO. ¡Oh padre!

ISAAC (gritando con toda su fuerza, como para llevar su voz tan léjos como su mirada.)

¡Oh madre mia! ¿ois mi acento?

¡soy Isaac! ¡soy yo que os llamo!

TOUSSAINT (adelantándose involuntariamente con los brazos tendidos hacia sus hijos.)

¡Oh hijos!

¡aquí estoy!...

ADRIANA (deteniéndole y tapándole la boca con la mano.)

¡Deteneos!

TOUSSAINT (volviendo en si.)

¡Tiemblo! ¡tiemblo!

¡no poder responder á tales gritos!...

¡Oh! ¡cuánto sufrí! ¡cuánto!

ADRIANA (mostrándole á Salvador que se acerca á la escena.)

¡Retiraos!

y reprimid, señor, vuestros instintos.

(Toussaint vuelve á entrar en la cabaña empujado por Adriana.)

SALVADOR (á los niños.)

Muchachos, ¿qué mirais con ansia tanta?

Con los ojos os hallo humedecidos.

¡Responded!

ISAAC. ¡Oh! señor, ¿no veis la torre,

el verde valle, el plateado rio?

SALVADOR (imitando irónicamente la voz de un niño.)

Rios, valles y torres; qué misterio!

ISAAC (*indignado.*) ¡Oh! ¿vos no habreis jamas reconocido vuestra casa, señor?

SALVADOR (*con altanería.*) Yo no conozco mi familia, ni hogar. Do su dominio la Francia estiende tengo yo mi casa. ¿Mas vuestra reflexion de qué provino?

ALBERTO. Creemos estar viendo vuestra casa, el Limbé.

ISAAC (*con amargura á su hermano.*) ¡Lo creemos!... ¡pues yo digo que mirándola estoy!

ALBERTO (*á Salvador, en tono de escusa.*) La casa misma de mi padre, el lugar do hemos nacido.

SALVADOR (*burlándose.*) Si, la tierra querida, la morada en cuyo soportal un blanco impío amarraba á los negros; una tierra en que el muy dulce aprendizaje hicimos de una cobarde esclavitud, teniendo de la cuerda y el látigo el cariño.

ISAAC (*con energía.*) Y de donde mi padre á los tiranos aventó como moscas.

SALVADOR (*con un tono insultante.*) Es preciso que no tanto os glorieis de vuestro padre antes que conozcamos sus designios. Aun no sabemos si será de Francia el rival ó el apoyo.

ALBERTO. ¿Qué habeis dicho? ¿mi padre con la Francia simpatiza? Me lo decia el alma. Así me esplico como la quiero yo; mi heróico padre me transmitió su puro patriotismo. Nuestro partido será siempre el suyo.

ISAAC (*á media voz.*) No, su partido será siempre el mio.

SALVADOR. ¿Qué aguarda pues? ¿por qué retarda tanto la conferencia á que el frances amigo invitándole está? ¿por qué se oculta en un inextricable laberinto?

ISAAC (*con una naturalidad amenazadora.*) El aparecerá cuando convenga.

TOUSSAINT (*conmovido y con voz sorda desde el fondo de la cabaña.*) ¡Bien, mi sangre! Mas pronto me habrán visto de lo que ellos quisieran.

ISAAC (*á su hermano.*) ¡Si él supiese que aquí estamos!

ALBERTO. Hubiera ya venido. (*Á Salvador.*) Vuestros enviados que le están buscando no han conseguido descubrir su asilo. Así al menos se dice. Siempre llegan un instante despues que él ha salido.

SALVADOR. Porque los mensajeros que tenemos son tambien de su raza y su partido. La perfidia en escusas siempre es fértil; los esclavos son falsos por instinto, y siempre la verdad está muy honda en el alma de un pueblo envilecido. (*Se aleja con desden hácia el fondo del teatro.*)

ISAAC (*á Alberto.*) ¿Puedes, Alberto, tolerar que un blanco, de torpe labio y corazon maligno, ultraje á nuestro padre en nuestra raza? ¿Por Dios que tu paciencia no concibo! Siendo yo grande como tú y soldado, no hablaria ante mí como has oido!

ALBERTO. Es el preceptor tierno, aunque severo, que nos ha dado el cónsul, que es su amigo.

ISAAC. Un alcaide es mas bien del primer cónsul, un cerrojo en su mano duro y frio, que nos guarda tal vez para vendernos. (*Mas bajo y con tono de misterio.*) Alberto! tú no sabes el destino que reservado nos está. Te ciega tu pasion á los blancos. Hoy me han dicho...

ALBERTO (*con impaciencia.*) Se dicen tantas y tan necias cosas!

ISAAC. Una negra me ha dicho con sigilo: Guardaos de él! Yo le conozeo, es malo. Lleva un supuesto nombre y apellido, mas mudar otra cosa no le es dado; su corazon y rostro son los mismos. En su rencor los negros su retrato conservan; son sus actos tan inicuos, que á cualquiera se erizan los cabellos con oír solamente referirlos.